

El Recuerdo de Managua

En la memoria de un poblano

Para disfrutarla a pie

Fue mi época como redactor del semanario Semana, editado en el diario La Prensa, lo que realmente me permitió penetrar bajo la piel de la ciudad, en su intimidad, cubriendo aquellas notas rojas que transitaban por el Cuarto Bate, la Conga Roja, El Pez que Fuma, la Estela Alfaro, el Baby Doll, la Pensión de Chepito, el Dancing, pasando por el Barrio Maldito. Aquel trecho entre el Palacio Nacional y la carne asada de doña Juanita Martínez frente al Gran Hotel, donde en los tendidos de energía eléctrica se ponían miles de golondrinas. Allí aparecieron las primeras prostitutas a pie en las aceras, siendo bautizadas como “Las Golondrinas”.

Aquella Managua concentrada en unas pocas cuadras, dando respuesta a todos los gustos y posibilidades, con las primeras discotecas que hubo: la Tortuga Morada, el Sapó Triste, La Capucha, llamada así por la prenda con que cubrían la cabeza de los prisioneros en la Oficina de Seguridad Nacional, cuando los torturaban, o la Discoteca A Go-Go, donde metida en una jaula bailaba una bella morena con hot pants y altas botas. Era la Managua de las amanesqueras en el Munich, en el costado sur del Palacio Nacional o en El Almenares, en la Calle Colón.

La Managua donde los periodistas hacíamos la cobertura a pie. El Hormiguero quedaba lejos. El recorrido tenía sus paradas en las que siempre se pescaba alguna noticia. La cafetería La India, frente al Adlon Club, en las inmediaciones del Palacio de Comunicaciones. A la barbería de Guillermo Esquivel, media cuadra al sur del Teatro González, llegaban en la mañana varios políticos, dándose una tertulia sólo comparable a la de la esquina donde tenía su librería el doctor Adán Selva, sobre la Avenida Bolívar.

Las direcciones de Managua

Managua ha tenido sus propias direcciones, donde los puntos cardinales fueron sustituidos por el lenguaje popular. Antes de que la ciudad creciera más, el Sur era “La Montaña” o “La Loma”, el Norte, “El Lago”; y el Este y el Oeste eran simplemente “Arriba” y “Abajo”.

El Este y el Oeste tenían como referencia los barrios de Santo Domingo y San Sebastián, aunque en el primer caso prevaleció antes el de Candelaria, por la costumbre de entonces que las iglesias daban sus nombres a los cantones, y que según Pablo Levy, en 1873 eran la de Candelaria, San Miguel, San Sebastián y San Antonio. Al Este se destacaba la elevación conocida con el tiempo como “Loma de Chico Pelón”, en cuyas inmediaciones se construyó la iglesia de El Calvario, sobre la calle 15 de Septiembre, a media cuadra de la casa de don Sofonías Salvatierra, donde el 21 de febrero de 1934 la Guardia Nacional asesinó a Sócrates Sandino Tiffer.



Vista parcial del Puerto lacustre de Managua, Salvador Allende.

Cuando la ciudad ya había crecido, se siguió dando la dirección hacia el sur como “La Montaña”, incluso cuando la Loma de Tiscapa, cuya explanada iniciaba en la Calle Colón, en la Tribuna Monumental, comenzó a ser despalada, la gente le siguió llamando así, aunque se fuese construyendo la Casa Presidencial, La Curva, el monumento a Roosevelt, la colonia militar, las instalaciones a lo largo de la explanada y más tarde el Hotel Intercontinental.

Aunque la municipalidad oficializó la nomenclatura para definir las direcciones de Managua, fue de poco uso. La población no empleó números ni puntos cardinales. Simplemente se buscaba un sitio como referencia, sin prejuicio ni exclusión, así se tratara de una cantina y hasta de un prostíbulo. Se decía: de donde “La Caimana” tantas cuadras a..., tomando el apodo de la Carmen Aguirre, conocida fabricante de juegos pirotécnicos del Barrio Campo Bruce.

Iglesias, parques, almacenes comerciales, fueron también puntos de referencia. Las cantinas, situadas en distintos barrios, servían para orientarse sin problemas; la mayoría de ellas desapareció, pero su recuerdo fue conservado en la memoria de los managuas, aunque fueran abstemios. “Las Delicias del Volga”, recordaba ese río, cuando durante la Segunda Guerra Mundial se pusieron de moda poner nombres europeos de lugares donde se dieron grandes batallas.

El Nilo Blanco y El Nilito eran famosos por las boquitas de conchas negras; Carne Asada, Papún, El Gato Abraham, Noche Criolla o Cachecho, Panchito Melodía, La Vieja Maldita, La Mama Sara, La Chispa, El Luky Seven, Pedro Tuco, Los Balcanes, Melodías de Arrabal, La Sin Nombre, La Perla, Tata Lolo, Chico Toval, La Cumbancha, El Guayacán, Aquí Te Espero, tienen su presencia histórica en las antiguas direcciones de Managua. Aún después del terremoto de 1972, cuando muchos lugares habían desaparecido físicamente, la gente decía: “De donde fue...”

En relación con las calles y avenidas, estas fueron determi-

nadas en muchos casos por razones políticas. La Calle del Triunfo que inicia en el tope del Parque Central, pasa frente al Edificio Zacarías Guerra, antiguamente frente al diario La Prensa, el Co-sep hasta terminar en la refinería Esso, se llamó así en honor a la entrada de las tropas del general José Santos Zelaya López, cuando desfilaron por esa ruta en julio de 1893.

La Avenida Central, a la que el general Anastasio Somoza García le modificó el nombre con el de Roosevelt, en honor del presidente Franklin D. Roosevelt. Calles conocidas fueron la Momotombo, Catorce y Quince de Septiembre, Candelaria, Colón, y la Calle Central, que atravesaba los mercados.

La Calle 27 de Mayo fue llamada así por ser el día del cumpleaños de doña Salvadora Debayle, esposa de Somoza García. La estatua de Ramón Montoya, “Montoyita”, fue también una conocida referencia. Sobre la Calle del Triunfo un árbol en el centro de la vía también sirvió para dar direcciones. El original se secó y ha sido sembrado otro, de modo que se sigue diciendo: “Del arbolito...”

La Luneta del Tropical, la Crucita, la Primera Iglesia Bautista, el Instituto Ramírez Goyena, el Colegio Bautista, El Infierno, Radio Mundial, los cines Margot, Salazar o Alcázar, González, México, Blanco, Cabrera, Darío, Aguerri, Trébol, Principal, Tropical, Bóer, María. Tantos nombres que los managuas de diferentes generaciones recuerdan con cariño y nostalgia. Era difícil que en el extranjero alguien pudiera entender esta dirección:

“Del Arbolito, en Santa Ana, 2 cuadras abajo y media a la montaña, una casa con puertas verdes”. Para un Managua resultaba fácil dar con la casa.

El terremoto de 1972

Ya para 1972, el oficio de periodista había sacudido al poblano que un día se deslumbró viendo las luces del Copacabana dentro del lago, sentir el aire acondicionado en el González o en el Salazar, el primer ascensor o las escaleras eléctricas del Almacén Carlos Cardenal. Por eso, cuando la tremenda sacudida apenas pasada la media noche del 23 de diciembre de 1972, también se sacudió mi identidad, el vínculo íntimo de tantos años con Managua. Fue como verme en un espejo y no reconocirme.

Estaba cerca del Munich, donde tantas veces amanecí, buscaba agua en medio de los escombros y los incendios. Caminé y vi dentro del Munich varios “freezers”, en su interior las botellas de champaña con que se iba a celebrar la Navidad. Tomé una y me fui a sentar en una esquina del Gran Hotel a beber champaña a falta de agua. A lo lejos se escucharon gritos desgarradores. Era “La Paula Pasos”, un conocido homosexual que en medio del llanto exclamaba: “¡Aquí va la viuda, aquí va la viuda!”

Llegó hasta nosotros. Nos quedó viendo con una especie de reproche, movió las manos como si quisiera que volaran, y dijo entre sollozos: “¿Pero qué les pasa, no ven que está muerto? Todo se murió y quedé viuda”. Partió gritando de nuevo: “¡Aquí va la viuda, aquí va la viuda!” Entonces bebí una mezcla de lágrimas con champaña.



Managua después del sismo de 6.5 en la escala de Richter.